

(Interior de la catedral de Burgos.)

LA CATEDRAL DE BURGOS.

Esta magnífica obra, á que se dió principio, segun algunos autores, en 1221 bajo el reinado de Fernando III, no se concluyó hasta el siglo XVI por el arquitecto Juan de Badajoz. Es uno de los mas hermosos monumentos del arte gótico que existen en España. Flechas ricamente esculpidas coronan las dos torres de su preciosa fachada, y en la parte interior se admira particularmente la soberbia capilla octágona llamada *del Condestable*. Columnas y esculpturas de gran mérito y belleza adornan sus diversas entradas.

El grabado que ofrecemos de este gran templo, representa la escalera, de un estilo extraordinario, tomada de un cuadro de Roberts, pintor contemporáneo, por la cual bajan á las naves del norte de la catedral los fieles que habitan en aquel lado de la ciudad. Para formar una idea de la disposición de dicha escalera, es preciso tener presente que Burgos, la antigua corte de Castilla, está situada en la pendiente de una colina, cuya cresta coronaba en otro tiempo un castillo construido en el año de 884, bajo el reinado de Alfonso III, por Diego Porcelos, y el cual ha sido reedificado durante la última guerra civil. El pueblo habitaba en un principio cerca de la mencionada cresta, pero fué alejándose de ella de siglo en siglo: así es que la calle mas alta de la actual ciudad era la mas baja de la antigua.

El lado de la catedral que mira hácia la falda del monte, está enteramente al descubierto y domina á Burgos; pero el del norte, por el contrario, se halla oculto en gran parte por la cresta y dominado por las calles altas. La magnífica escalera de que hemos hablado estableció una comunicacion rápida y fácil entre dichas calles y el interior del edificio. Notable por la elegancia de su construcción esta escalera, no lo es menos por la riqueza, por el lujo y por la variedad de sus pormenores. La luz, que sola penetra en ella á medias, aumenta el buen efecto general, prestando al esquisito trabajo de su decoración un misterio mas profundo. El rayo que el pintor ha marcado hábilmente y que atraviesa su composición, baja de una ventana que no ha entrado en el plan del dibujo.

En 1852 fué cuando Mr. Roberts sacó en Burgos el diseño de este cuadro, que formaba parte de la escogida coleccion cedida por Mr. Vernon á la galería nacional inglesa.

PESADILLA.

Y los sueños, sueños son.
CARRERON.

Era un baile de máscaras: lugar de la escena, el subgénero: actores, media docena de jóvenes sentados en torno de una mesa cubierta de mantiles y botellas. La conversacion, al principio *sotto voce*, aunque bien nutrida, fué siguiendo despues tá escala progresiva hasta llegar á un *tum atronador*, en el cual un músico hubiera podido observar una desafinacion creciente.

Ante todo conviene decir que yo (monosílabo satánico) representaba una unidad de la consabida media docena.

Aunque no conservo mas que una idea confusa de aquella escena, recuerdo sin embargo que mientras mis cinco compañeros con el rostro iluminado y los ojos chispeantes se referian unos á otros sin escucharse, las conquistas de aquella noche y los encantos de la polka Indiana, mi individuo (procuraré evitar el yo cuando me sea posible) tarareaba en voz baja las *habas verdes*, llevando el compás con un cuchillo que hería simultáneamente un plato que ostentaba los restos del esqueleto de una perdiz. Mi actitud ensimismada y casi silenciosa en medio de aquella tumultuosa asamblea, formaba un contraste flagrante que mis amigos no podian dejar de percibir.

— ¡Eh, despierta! me dijo uno de ellos dándome con el pié por debajo de la mesa. ¡Pues no se va á dormir el miserable!

— ¡Aza la vista, dijo otro, si es que no tienes recodo de que en ella legamos los vasos que has bebido.

En este momento era que levanté la cabeza.

— ¿Sabes, amigo, que eres pájaro de mal agüero? exclamó un tercero; esa cara de misero es impropia de la situacion.

— Bien dicho. Es disonante.

— Incongruente.

— ¡Que se vaya á la cama!

— ¡No, no, que habla!

Procuré hacer un esfuerzo sobre mí mismo.

— ¿Sabéis lo que digo? exclamé por fin dirigiendo á mi alrededor una mirada insegura; que vuestros rostros se van tiñendo sucesivamente de amarillo, de azul, de encarnado y hasta de todos los colores del arco iris.

— ¡Bah! se conoce que has bebido mas que un inglés.

— Eso es segun el color del vino por donde nos miras.

— ¡Es muy singular! volví á repetir con esa insistencia que produce la embriaguez, y acercando á mis labios una copa larga y estrecha coronada de hirviente espuma. — En este momento todas vuestras fisonomías han pasado del encarnado á un color de oro vivísimo.

Mi observacion fué acogida con bulliciosas carcajadas, en tanto que yo sentía con placer en mi garganta el agradable cosquillo del falsificado *champagne*.

Cansado sin duda de aquel esfuerzo, ó mas bien maguetizado por los vapores del néctar, volví á dejar caer la cabeza mostrándome insensible á cuanto me rodeaba. Creo sin embargo que traté de abrir los ojos; pero cada uno de mis párpados pesaba cuatro quintales: quise librar-me de aquel peso importuno, pero los brazos se negaron á obedecerme, y...

Debí quedarme dormido.

Pero no con ese sueño tranquilo y reposado, paréntesis de la vida, que con tanto afán desea el que padece; sino por el contrario con uno de esos sueños agitados en que la sensacion se duplica y en que la vida moral se reconcentra en un sentimiento esclusivo, en un deseo supremo. Lúspidamente vi flotar ante mis ojos una figura blanca cuyos contornos se perdian entre las sombras; nada mas fantástico y voluptuoso que esta aparicion, superior á las creaciones de Rafael, superior en fin á la naturaleza misma. Un velo blanco, parecido á uno de esas nubes que vagan por el cielo en una noche de luna, ocultaba sus facciones, dejando transparentar el brillo abrasador de sus ojos.

Me hizo una ligera señal con la mano, como llamándome hácia sí. Quise levantarme, pero en vano: mis piernas y brazos agarratados se negaron al movimiento, y permaneci inóvil, no sin experimentar un inesplicable sentimiento de angustia.

No obtuve mejor resultado otra nueva señal de la sílabe, hasta que me volví la espalda y empezó á caminar delante de mí. Como el acero atraído por el iman, así una fuerza mayó origen descontrolada, me arrastró en su seguimiento. Mis piés no se movian, y sin embargo caminaba.

En mi cabeza aun habia algo que se parecia á baile de máscaras, y por lo mismo al salon fué donde me condujo mi guía misterioso. La vera revolotear por encima de aquel hirviente mar de cabezas, y la seguía siempre con el corazon palpitante y con un zumbido en las sienes producido por la fiebre del deseo. Despues de haber recorrido todos los ángulos del salon, la vi desaparecer por una de las puertas, desliziándose á lo largo de un pasadizo tortuoso y oscuro, al cual me senti arrastrado en su seguimiento. A medida que caminábamos ella delante y yo detrás, las paredes se iban estrechando visiblemente, y bien pronto me encontré aprisionado entre los dos muros, sin poder retroceder ni avanzar. Un vapor frio brotó de la raiz de mis cabellos erizados por el terror, y sentí la cabeza arrebatada por el vértigo: mi vista se oscureció: faltó á mis piés el punto de apoyo, y me despeñé en un caos de tinieblas.

La tentadora fantasma no habia desaparecido: la vi circundada por una aureola de luz, que hacia resaltar sus contornos en el fondo oscuro del espacio. Quise acercarme á ella: ella se volvíó y se vino entonces hácia mí, mi brazo ciñó su esbelta cintura, cuya fría y dura superficie me heló la sangre en las venas. A través de su blanco velo, dos ligeros puntos luminosos venian á herir mis pupilas; era sin duda la llama que despedían las suyas; mi mano arrancó aquella venda importuna. ¡Horror! En lugar de un rostro radiante de belleza, me encontré con la fría y repugnante imagen de la muerte: era una calavera, cuya boca sin labios, entresidera, tenía una expresion de cruel sarcasmo: en el fondo de aquellas dos oscuras cavidades brillaban dos ligeros chispas fosfóricas, que contribuian á dar una expresion aun mas sombría á su espantoso conjunto. Intenté desasirme inútilmente de sus brazos, que me aferraban con una fuerza sobrenatural, y continuamos rodando por el vacío, sin aire, sin luz, sin horizonte. El fantasma acercó al mio su rostro de esqueleto: mis labios sintieron el frío contacto de su boca carcomida: en el colmo de la angustia quise retirar violentamente la cabeza, que chocó contra una superficie dura, y que me hizo exhalar un quejido de dolor.

Desperté!

Por todas partes me rodeaba el cansancio y el desórden; algunos de mis compañeros roncaban deliciosamente tendidos sobre las sillas, y otros habian desaparecido. Por entre las juntas de los balcones el alba teñía de color cárdeno todas las fisonomías. El zumbido que venia del salon era mas igual, pero tambien mas ronco y apagado que cuando nosotros le abandonamos.

Encendí un cigarro y fumé: esto me serenó completamente; parecia que la terrible imagen de mi sueño habia envuelto entre el humo que despedía mi boca.

Entré en el salon: un baile de máscaras, en su último periodo, siempre tiene algo de terrible. Entonces no hay mugeres bellas; el sello abrumador de la orgía imprime en todos los rostros su huella in-

fernal; el matiz de las mejillas; el carmín de los labios, la voluptuosidad de las miradas, todo desaparece. Entonces no hay placer, no hay emociones, solo queda el hastío. Parece que el demonio de la realidad empujona con su aliento aquella atmósfera poco antes impregnada de besos, quejas y suspiros de amor.

Una máscara se acercó silenciosamente á mí, cogiéndome de un brazo.

—Vamos! me dijo: ya es hora: te he estado buscando toda la noche. Temí que hubieras olvidado nuestra cita.

Por única respuesta llevé el cigarro á la boca: me desasí bruscamente de su brazo, metí las manos en los bolsillos, y volviendo la espalda, me dirigí á la puerta con paso vacilante, sintiendo á poco rato azotar mi rostro el frío relente de la mañana.

Más de un lector, al terminar la lectura de este artículo, exclamará por sus adentros:

—¿Y qué me importa á mí todo esto? ¿Quién es el que no ha soñado alguna cosa parecida? A estos zurdidores de artículos, se les figura que todo lo que les pasa es sobrenatural.

Calma tu irritación, indignado lector. Tienes razón: los lectores la tienen siempre. Pero acuérdate que *la vida es sueño*, que soñaste haber leído este artículo como yo s^ó haberte escrito. Si el sueño te parece malo, cali^ficarlo como yo de *pesadilla*, y estamos del otro lado.

CEFERINO SUAREZ BRABO.

LA FORTALEZA DE MEDINA DE RIOSECO.

..... Por tierra derribada
Yace el tenido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente.

..... Las torres que desprecia el aire fueran
Á su gran pedestal se reducen.
Baltá.—*Ruinas de Toledo.*

Cuando el viajero que cruza hoy en rápido vehículo la carretera general de Castilla la Vieja, llega á las márgenes del cenagoso Segurillo, y contea las vertientes del collado que se eleva sobre el camino al S. de la vetusta ciudad de los Almirantes, pregunta con extrañeza por la significación de aquella mole cónica, culminante en la estéril prominencia. Porque mal pudiera adivinar que allí, donde ahora crece la yerba agreste y solitaria, se amontonaron en otro tiempo rosos y copiosos sillares en altísima perspectiva. Y le ofrece un contraste singular, que en vez de las arrogantes torres, que antaño desafiaban con su almenada frente el soplo de la tempestad, hoy sólo unos máquinicos achustos dejan abatir en blanquecina copa por el viento de la noche. Y tan solo comprende el curioso lo que tiene á su vista, cuando un hombre campesino le muestra con el dedo el desmoronado alcazón, y dice con acento frívolo é indiferente: *La fortaleza*. ¡Sarcasmo involuntario contra aquel monón de polvo y oscuridad!

¡La fortaleza!.. Cuando los sucesores de Ataulfo no habían terminado su historia con la omnesa página de Perez; cuando el sol de Covadonga borraba del horizonte castellano la menguante luna de Ismael; cuando Castilla disputaba la integridad de sus fueros á la imperial usurpación, era digno de aquel titilo el gigante marcial. ¡Entonces era gallardo y fortísimo! Desde su pedestal escarpado se miraba, no ya la populosa villa á su espalda guaracida, sino la dilatada vega que se tiende á su planta, orillas del peregrino riachuelo, y por cuatro leguas de longitud, desde el castillo de Belmonte á la fortaleza de Tordehuelas, prolongándose la lontananza por esta parte á los campos bajos que guarnecían los fuertes de Villa-García, Villa-Alonso, y la encumbra de plaza de Ureña, en dirección de las ciudades de Toro y Zamora. De esta manera, situado en el centro del país llano, y en el camino real de León y Castilla, al punto donde confluyen las vías de sus dos antiguas capitales, y además las de Palencia, Valladolid, Tordesillas, Benavente y otras localidades considerables, tenía grande importancia militar, y era el núcleo de la acción del gobierno sobre estas comarcas. Por eso fué su posesión en todas épocas tan ventajosa y codiciada. Y no tan solo podía quien fuese dueño de este vastísimo castillo, hacer la guerra con poderosas ventajas en todo el país de *Campos Góticos*, y en último caso recogerse con sus banderas á este invulnerable seguro, sino que había otras razones de más cuenta. Poser la fortaleza era poseer la villa. Y la villa entonces valía mucho en población, riqueza y significación estratégica y política. De aquí se sacaba fácilmente soldados, vitualias y recursos de todo género: desde aquí se dominaba todo el país fructífero y despejado de los *campesinos*; está era la llave de la frontera entre los dos primitivos Estados cristianos; está era una base importantísima de operaciones, y un foco para tener en la que á todas las plazas y señoríos de la vecindad.

Así, aunque sin poderlos remontar hasta su origen primario, hallamos disputada la tenencia de este castillo en todas las épocas memorables de la historia. Los reyes de Asturias y León procuraron arrancarle de las manos sarracenas al primer período de la dominación musulmana. D. Alvaro de Luna, cuando el levantamiento de los ricos-hombres contra su omnímoda privanza, no omitió esfuerzo ni diligencia para atraerse al Almirante, señor de la villa y su fortaleza, y al fin la tuvo con un golpe afortunado de autoridad. En la guerra de las comunidades fué el asilo de los seofantas imperiales, y cuartel general de los regentes, y asiento de aquella malhadada y helicosa gobernación. Y los almirantes de Castilla, cuya casa era una de las primeras y más preciadas de la monarquía, le hubieron como principal baluarte de su señorío y de su poder. Bastan las precedentes indicaciones para comprender el precio que en las circunstancias graves de aquellos tiempos se daba á la fortaleza del Almirantazgo Comense, y las imponentes escenas de que fuera teatro militar.

La hora de su decadencia sonó al fin, como no podía menos de suceder. Variado el sistema militar con los adelantos del espíritu destructor, libre la monarquía de guerras con estranos dominadores, y erigida la autoridad regia sobre los despojos del feudalismo y del sistema municipal, en poder céntrico, absorbente y único, perdieron su importancia las fuerzas locales, especialmente después de la guerra de las comunidades. El despotismo imperial comprendió su interés en desarmar los pueblos, para volverlos impotentes y hacer imposible toda resistencia á la usurpación. Si el castillo de Medina de Rioseco sobrevivió á esta peripécia, fué por la capitalidad del Almirantazgo. Pero luego que estos magnates abandonaron su sede señorial, y que el trono nada podía temer de la razón popular, siguió la común suerte de sus compañeros, y cayó sobre sus altas torres la mano de la destrucción. Esto era por mitad del siglo anterior. Al medio del presente es un

«Campo de soledad, mustio collado (1).»

Desocórrémos con el pensamiento el velo de esas ruinas; levantemos la obra de otros siglos á los ojos de la posteridad.

La fortaleza de Medina de Rioseco era, si no enteramente igual á la traza que damos en la lámina, al menos una cosa muy parecida. Podría variar en algun detalle ó accidente ornamental; pero en la forma fundamental, en el tipo artístico estamos seguros de haber acertado. Esto es lo importante. Lo demás son cosas de menos valor, y que no atañen al fondo de la verdad. (Harto nos ha costado de investigación y discurso acercarnos á ella) Examinando las ruinas informes de aquel edificio; inquiriendo con ojo atento los datos arrojados por las escavaciones que con diversos motivos allí se han verificado; estudiando, comparando y desfilando los restos de la fortificación, el área de la antigua fortaleza y sus condiciones topográficas respecto de la población; adivinando el estado que entonces debiera presentar, borrado casi totalmente por las vicisitudes del terreno y de las nuevas construcciones; teniendo que vencer montes de tinieblas con un átomo de luz; poniendo en contribución todo nuestro discurso para caminar de lo poco á lo mucho; habiendo además que ir con la razón en guardia para evitar el riesgo mayor de esta clase de estudios, que consiste en dejarse irrebatar por la poesía de los recuerdos y por el entusiasmo del arqueólogo y del artista, y en tomar como resultado del entendimiento la apariencia de la fantasía; y haciendo en suma un estudio profundo de los escasísimos datos existentes, y aplicándoles la historia del arte con filosófico criterio, es como hemos llegado al éxito que hoy ofrecemos á los curiosos y anticuarios.

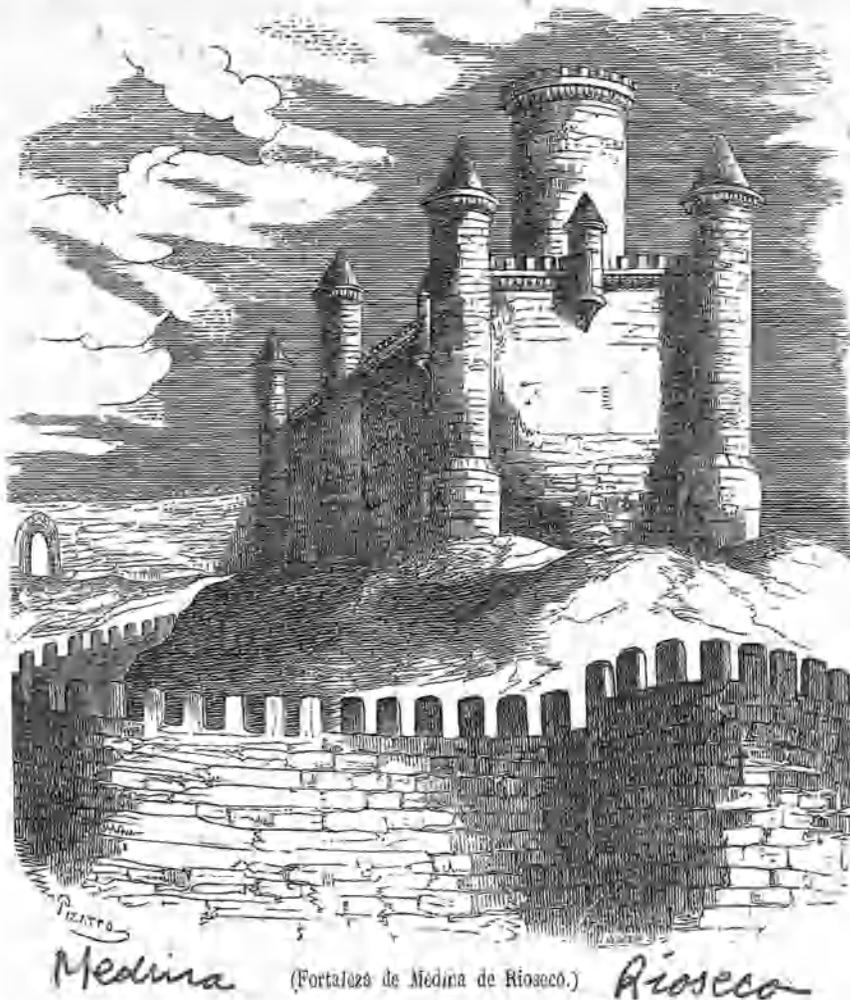
Debíamos esta explicación como escritores de conciencia y lealtad. Aunque sería muy difícil poderlos contradecir, porque creemos poseer la mejor colección de noticias de toda especie, no solamente respecto de esta ciudad, sino del país tambien; aun cuando pedimos sin temor fundado haver alarde de seguridad en nuestro descubrimiento, no puede tanto con nosotros el amor propio. Vale más la fé de las letras. Así pues, sin absoluta pretension, y declarándonos susceptibles de defecto en las apreciaciones hechas, damos á la arqueología el fruto de un buen desen, de largas meditaciones y no pocos desvelos, no como cosa conclusa, sino como un juicio racional y probable, que puede realzar mejoras de otros mas discretos ó afortunados.

Nada existe del castillo de Medina de Rioseco mas que un montón de escombros sin forma ni color. Convertida su área en paseo público, que lleva el nombre histórico y conmemorativo de *La fortaleza*, solo sirve para el solaz de las tardes de invierno y las noches de verano. Siempre tuvimos grande anhelo por saber lo que habia sido este antiquísimo alcazón de la guerra, en nuestro afán por las antigüedades riosecanas. Pero no existe ninguna persona que alcanzara su última época, ni se conserva pintura, ni hay documento en los archivos que pudieran satisfacer tan natural curiosidad. Fué preciso armarse de la paciencia minuciosa y perseverante de todo revolutor de antigüallas, para ir

(1) Elige citada en el epigrafe.

juntando recuerdos, tradiciones, datos esparcidos y olvidados casi, para utilizarlo todo en pro de tal designio, y para coordinarlo y armonizarlo con el poco material restante de la arquitectura militar de la villa, y para arrancar, en fin, al polvo y á los siglos su secreto. Porque hasta la circunstancia de tener ante los balcones de la casa paterna los rotos y áridos paredones de aquella fortaleza, en cuyo abandonado solar encontramos algunas horas de la infancia en alegres esparcimientos, nos ha impresionado mas y mas en el empeño de apurar la historia y fisonomía de aquel derrumbado gigante.

Su planta general era un cuadrilátero rectángulo. Para comprenderlo no se necesita mas que examinar el área donde estaba edificada, y que forma la meseta de la prominencia meridional de la población. El castillo ocupaba la punta mas avanzada sobre las vertientes este-rioras, escarpadas y culminantes por tres puntos cardinales. Por el restante, al N., el edificio desembocaba sobre la plaza de armas, cons-tituida por el extremo de la cumbre plana del cerro que desciende su-avemente al centro de la ciudad. Esta placeta, denominada hoy con un dictado vulgar, se conocía en el siglo XVII con el nombre de Plaza de



los toros. Y esto significa quizá que, habiendo los moros introducido esa clase de espectáculos, se celebraban, mientras permanecieron aquí, en la plaza del castillo las fiadas, como premio único al efecto; siguiendo después de la reconquista los caballeros cristianos haciendo en ella sus batidos y fiestas militares. Puesa siendo el castillo la residencia de los señores de la villa hasta el siglo XVI, nada mas conforme á las ideas y ceremonial de aquel tiempo, que tener los alardes bajo los góticos arcos de la hermosa cuanto ilustre castellana, como reina de la caballerescos lid.

Dos recintos constituían el sistema militar de la fortaleza, uno exterior y otro interior. Formaba el primero una línea de muralla protegida por espaciosos embios, y que ceñía por su falda el collado, arrancando del muro general de la población. Así lo demuestra el corte de los dos tramos que se conservan á los lados del derruido castillo, y que rematan á poca distancia del perímetro marcado por las ruinas, junto á la ermita de las Nieves y la alhóndiga. De este modo quedaba la fortaleza dentro del círculo total de la plaza. Esta vasta cortina, almenada de fuerte alaraje, tenía una elevación de veinte pies castellanos por cima de espesor, y figuraba un semicírculo irregular circunscripto á la circunferencia de la villa. Hasta hace algunos años existieron los vestigios de los muros espesados, notándose en el esculpida una cruz. Trazaba esta poderosa antemural se alzaban ásperas y cortadas las pendientes del cerro, donde tenía su asiento el segundo orden de la fortificación, el cuerpo principal del castillo. Guardado su contorno cuadrangular de rentos baluartes, de forma circular, coronados de vistosos esnes y rotos techos, rematados sus arroyantes muros de dilatados almenares, y elevándose en el centro de las obras la poderosa torre del homenaje, ofrece una perspectiva tan pintoresca como heliosa. Esos pintagudos toros que en variada gradación se destacan

sobre el azul oscuro de la atmósfera; esa mole bizarra, cuya sombría silueta se dibuja á lo lejos en imponente panorama; esa formidable atalaya que en medio de la noche parece junto á la silenciosa población una matrona heroica velando el sueño de su hija, llevan el alma por la impresión de los sentidos á vagas y misteriosas emociones, y hablan al instinto del artista y al sentimiento del poeta.

La forma de las obras exteriores está conforme á todas las defensas de esta especie en los castillos de aquel tiempo. Tenemos además otro fundamento para nuestra idea sobre los bastiones cilindricos. Porque existe un apuntamiento de cierta escritura antigua, en que, haciendo referencia á las papeles del Almirantazgo, dice « que se colocaron en la «fortaleza, en un cubo que tenía una puerta de hierro, y caía á la tierra que llaman del Pozo». Y por último, en la excavación practicada pocos años há, hemos visto un cubo espacioso y bien cartada, al lienzo N. O. de las ruinas. Las almenas y modillones inherentes á tales obras, eran iguales á los que guarnecen el baluarte de la puerta de Ajuja, contemporáneo de la fortaleza. Las cúpulas cónicas de los cuerpos salientes eran comunes en los castillos de los primeros tiempos, y adoran característico del tipo gótico que dominaba en esta fábrica. Teniendo presente que desde las mas antiguas reinadas de la dinastía leonesa, la fortaleza de esta villa era el punto principal de la frontera y la atalaya del país para las operaciones, se adivina la existencia de una fuerte y elevada torre de banderas, desde la cual pudiese el vigia dominar todos los fuertes del contorno, y servir de vehículo telegráfico para las alarmas y vicisitudes de aquel borrascoso tiempo. Su forma redonda parece indicar el vestigio de la castramentacion romana. Porque los dominadores del mundo tuvieron en algo á la capital Campensa, y dejaron recuerdos en ella de su señorío imperial.

La magnitud y solidez del castillo se comprenden sin mas que lo

espuesto, y por la consideración de que era el depósito general de vituallas y menesteres de la comarca para la gente de guerra, y el núcleo de la línea defensiva del reino por esta parte de la tierra llana. Tenía también su capilla y panteón. En el siglo pasado se halló entre sus escombros una escultura de talla natural, en madera, y no muy antigua, del arcángel San Miguel. Téngase presente que la primitiva parroquia de esta villa estuvo dedicada al mismo; porque es una coincidencia muy expresiva. Se encontró asimismo un sepulcro de piedra, y dentro una momia cubierta con gasa de plata. Y el año antedicho salió entre los escombros una culebrina de hierro, de aquellas ceñidas con anillos, y que por medio de argollas y cadenas se suspendían á la parte exterior de los muros para flanquear sus frentes con fuegos transversales.

Importantes sucesos históricos han tenido lugar en esta fortaleza, con particularidad en los tiempos de la privanza de D. Alvaro de Luna y de las comunidades. Ya hemos hecho mención de algunos en otro trabajo especial.

La ruina de esta construcción militar fecha de mediados del siglo último. De sus despojos se edificó el soberbio cuartel de caballería, pues ya de la más vandélica destrucción, y algunos edificios más. Fué el castillo pertenencia de los Almirantes; recayó en la casa de Osuna, y révertido el señorío á la corona en 1857, se vendió su escombros y solar por la hacienda pública, y hoy es pertenencia de la ciudad.

Muchos datos y pormenores acerca de esta obra feudal, y acaso anejos á la historia de la población, pudieran acopiarse, si el amor á las antigüedades dominara entre nosotros. Desmontando el barnizamiento de escombros, indudablemente se encontrarían partes de la fábrica, armas y enseres de aquella época. El vulgo designaba con el nombre de *Sala de los maros* una habitación entera, que se descubrió algunos años há, y que tenía sus paredes pintadas. Las bodegas y almacenes subterráneos deben estar íntegros, porque la ruina no ha penetrado al fondo del área.

¡Tal es el orden del mundo! Cada cosa tiene su época, sus aspiraciones cada civilización. Y la humanidad, de tránsito en tránsito, camina á su destino providencial. Lo pasado fué para la fuerza; el porvenir es para la inteligencia.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación.)

Feliz sin duda fué esta tarde Carlos, y por el mismo estilo podía haber sido feliz otro corazón que, encerrado en su cuerpo correspondiente, por allí andaba paseando, si este corazón no hubiera tenido la desgracia de caer en cuerpo de mujer. No se habrán olvidado los lectores todavía, de aquella niña que desde aquel balcón había visto á Rafael aquel mismo día. Pues esta niña también le había visto esta tarde en el paseo, también se hubiera puesto detrás de él, y también le hubiera alcanzado cualquier cosa que se lo hubiera caído, pero no es costumbre. Y como si no bastaran todos estos obstáculos, que á estas cosas puramente materiales se oponen, otro motivo había venido á oponerse hasta á la secreta expansión del corazón, en este corazón mujeril. Como Rafael iba con la misma mujer á quien acompañaba por la mañana, era de suponer que estuviera casado. Ya hemos visto cómo se había portado Carlos, á pesar de que la misma idea le había agitado con respecto á Luisa; pero el amor del hombre es más espontáneo y menos razonado que el de la mujer. Las mujeres tienen una conducta admisible y digna de envidia en esta parte. Es verdad que no están seguras las esposas de que no las arrebatará su esposo, que esa esposa mal desposada, ó alguna viuda honesta; pero aun cuando su marido sea el hombre más hermoso, más amable, más cabal del mundo, con dificultad podrá inspirar amor á una virgen; á menos que esta virgen sea deshonestísima, ó la que es lo mismo, no comprenda sus intereses.

Estos son apuntes para una *Consideración general sobre el amor de las mujeres*, que pienso escribir, si Dios me ayuda.

¡Bueno pues diciendo que se le ocurrió á la niña aquella, que de paso decía que se llamaba Inés, que Rafael estaba casado; y que con motivo de habérsela ocurrido esto, empezó á padecer lo que nadie sabe. Pero como no lo sabía de cierto; conservó aun el bastante amor, ó mejor diremos, afición, para ver con gusto que Rafael, siempre que pasaba, le miraba con la más decidida expresión de amor. Ella por de contado que era la misma mujer de aquella mañana, y así seguía con su mismo carácter, contentiendo, contra todo el torrente de su voluntad, sus dos hermosísimos ojos, que á no ser tan hermosos,

feos habrían parecido, cuando siempre que pasaba Rafael, tomaban, ó querían tomar, cierta expresión de dignidad despreciadora, que quitaba toda la belleza á las mujeres, y que las aconseja que nunca usen, porque en estos momentos, todas ellas tienen algo, y más que algo, de la doncella de labor, honrada, valiente, trabajadora y de buenos padres.

No dejó, sin embargo, Rafael de concebir por alguna mirada, que á su pesar se le escapaba á Inés, que había en aquellos ojos alguna cosa que pensaba en él. En esto de amores hay indudablemente un misterioso lazo entre los que se han de querer, que nadie puede descubrir, pero cuyos efectos se sienten. Inés había visto por la mañana á Rafael, y había desde entonces pensado en él; Rafael desde que por primera vez había visto á Inés, pensaba también en ella, y no dejaba pasar una vuelta sin hacer todo lo que puede hacerse en tales casos por dársele á entender. Ella estaba contentísima con esto, pero no se daba por entendida, por el deber que se había impuesto de hacerse la indiferente, obligación necia que no la atormentaba menos que el pensamiento de que aquel hombre estaba casado.

Haciéndose por fin el distraído nuestro Rafael, cortó de repente una vuelta y se colocó detrás de Inés, que advirtiéndolo, yó no sé si se puso un poco colorada, y se corrió en la conversación que con otra jóvenc como ella y una vieja muy bien conservada y en estado suu de merecer, llevaba.

Sorprendió, y no poco, esta vuelta brusca á Carlos, que creyó desde luego que había sido aquel un movimiento peculiar en la especie del animal marido; pero no tardó mucho en dar también la vuelta, diciendo al amigo con quien iba:

—Esta ya se escapó. No importa, me alegro; vamos á ponernos otra vez detrás, y salga lo que salga. Ella no es él: si á él le incomoda, á ella le gusto; eso es, adelante.

La juventud es irreverente, ¿y qué le hemos de hacer? Advertimos que no son buenas las ideas que manifiesta Carlos. El escritor más moral se ve á veces precisado á contar cosas que nada tienen de morales; haga una advertencia como esta, cuando esto suceda, y duerma tranquilo, porque él ha hecho lo que ha podido por sus lectores.

¡Han pues por el paseo Inés, la otra y la otra: tres; detrás Rafael y Luisa: cinco; y detrás Carlos y su amigo: siete personas en rotación. Y había entre aquellas personas, y sobre todo, tanta haber relaciones estrechísimas. Es de suponer que no sería este el solo rosario ni las solas relaciones futuras que habría en el paseo. Ingeniosísimo ha sido el supremo Hacedor en todos los medios que hace descubrir al hombre para procurar ir viendo á su relación con sus otros hermanos, hermanos que han perdido la costumbre de saludarse por las mañanas y hablarse con cariño siempre que se encuentran, por lo numeroso de la familia, por lo ocupado que cada uno anda en sus negocios, y sobre todo, porque el padre verdadero no parece si se le busca con cien Inés, y el que en la confusión la ocha de padre, ni conoce á sus hijos, ni deja que ellos le conozcan, ni habla él tampoco con cariño á nadie, ni nada. Pues uno de estos ingeniosísimos medios es el de andar el pretendiente de relaciones, delante ó detrás, y darle que darle, siempre cerca de la persona apocada; y aunque puede suceder que anda ochenta años un hermano tras de otro hermano infulectuosamente, es lo más general que al fin adquieren uno y otro el derecho de menear la casaca y somarse siempre que se encuentran; y esto, que es lo que se llama salud, es prueba tal de cariño, que debe eronomizarse mucho.

Digresion es esta que por inoportuna y oscura deberá borrarse. Bórrase en hora buena y adelante.

Como no había sido la intención de Rafael la que Carlos suponía, ni aquel echó de ver que este le seguía otra vez, ni este notó en aquel la más mínima cosa que le convidara á hacer alguna calaverada, que otra cosa mejor no era de esperar de quien tan poco respetaba los conyugales lazos, no supo él á qué aludir la total indiferencia de Rafael, que ocupadísimo con Inés, así se curaba de bola la demás gente que en el mundo había, v. g. como un rey de sus vasallos.

Pero como parece que no había la misma indiferencia en Luisa, avinole bien, y no se metió en más averiguaciones.

De lo que pasó desde aquí hasta el día siguiente no sé ni una palabra; pero no debió andar Carlos ni perecerse ni desgraciado, porque contra toda su costumbre, se levantó aquella mañana muy temprano, hablando solo y diciendo: «Si esa mujer no me quiere, no entiendo ya una palabra de mujeres. Es necesario no perder tiempo, si el torpe del marido no está en casa, ahora mismo la veo;» y empezó á vestirse cantando y atufando á voces á un muchachuelo rubio y bien dispuesto que le servía de ayuda de cámara.

Vistióse de prisa, al descuido; pero sin dejar de verse en el espejo, que no le disgustó, reflejándole una figurauelta, derecha y noble; y ya iba á salir, cuando pensándolo mejor se puso á escribir una carta, y concluido este negocio en dos minutos, salió de casa murmurando entre dientes: «Si no la puedo ver, no importa, carta al caso.»

Dirigióse con esto á casa de Luisa, llamó á la puerta, salió á abrirle

una criada, la preguntó si se podía hablar con el ama de la casa, la criada le respondió que sí, y fué introducido, después de atravesar un largo callejón, en un aposento irregular y medianamente amueblado, donde sentada en una desvencijada y antigua silla poltrona, y teniendo á los pies un gran cesto de labor, se hallaba el ama de la casa costiendo á la sazón unos calcetines.

—Señora, muy buenos días, dijo al entrar Carlos.

—Muy buenos los tenga V., caballero, respondió la señora colocando al mismo tiempo en forma de guante en su mano izquierda un calcetín.

—¿Y qué se le ofrecía á V.?

—Señora, yo sé que está en la casa mas decente en que se alquilan cuartos amueblados en todo Madrid.

—Gracias, caballero, gracias, y á buen seguro que sí; porque mi marido, que Dios haya, era un empleado en las rentas de S. M., y tiempo ha habido en que he tenido abono de caza en el teatro, y...

—Pues bien, señora, interrumpió Carlos, yo quisiera ver algún cuarto, porque...

—¿Ay, hijo mio! Si V. hubiera venido antes, y tan buen cuarto como hubiera V. hallado; pero ahora justamente tres habitaciones que son, una gran sala con dos gabinetes y en cada gabinete su alcoba, me los tienen ocupados un jóven y una señorita, que parecen ser muchas personas, porque el uno duerme en un gabinete y el otro en el de enfrente: matrimonios de señores. ¡Jesús, y qué mal gusto!

—¿Voto va! exclamó Carlos, el cuento es que yo quisiera hablar á esa señora, porque la conozco, y puede que me cediera un cuarto. El marido no estará en casa, y...

—Si señor, no se levantan hasta las doce: puede V. volver, que ahora no son más que las diez y media, y si VV. se arreglan...

Colapósese en la silla nuestro Carlos sin decir una palabra, hasta que después de haber hecho cuatro gestos de hombre que todo lo deja á la fortuna: Señora, dijo á la patrona, voy á darle á V. una prueba de confianza, tan grande, que por imposible tengo que una persona de la educación de V. no correspondiera á ella.

Escóse ella maquinalmente el calcetín de la mano, prendió en él la aguja, todo lo dejó sobre la silla inmediata, y con los brazos cruzados siguió oyendo á Carlos, que decía: Yo estoy claramente enamorado de esa señorita que duerme en ese gabinete, yo podria haberme valido de una de sus criadas de V. para entregarla un billete...

—Quite V. de ahí, señor caballero, exclamó la buena ama de casa, las criadas son mugeras sin principios y torpes que comprometen á cualquiera, y...

Llenóse á Carlos el semblante de júbilo, y viendo seguro el logro de sus deseos, y entusiasmado, no pudo menos de apretar con las suyas una de las manos de la amable viuda, manó que tendria ya sus cincuenta años, y que también con todo.

Las manos de las mugeres tiemblan con facilidad, por un efecto de la irritabilidad de sus nervios, según parece.

Desde aquel en adelante todo fué elusión de sentimientos y franqueza por ambas partes. Pidió dinero la vieja, dióselo Carlos, dijo que era poco y que bien podía darle más; contentóla Carlos dándole, la entregó la carta, la encareció su amor, su agradecimiento, ella le escarmentó su fidelidad, su desinterés, maldijo la pobreza, la avaricia y los siete pecados capitales, y ofreciéndose á servir á Carlos como si fuera cosa propia, le acompañó hasta la puerta.

Y ahora digo yo.

¡Con que está ya visto que en este mundo halla siempre el vicio acogida! ¿Quién será el que se niegue valerosamente á contribuir á una mala acción, cuando basta la esposa de un antiguo empleado en rentas, mira el adulterio con cierta indiferencia de buena sociedad?

¡Adios, virtud! ¡adios, descansa en paz! que aquí decañstremos como podamos.

V.

En una mala habitación de una mala casa de un mal barrio, que apenas hay cosa mala que vaya ni venga sola, estaban sentados al derredor de uno de estos muebles de barro que llaman copas, y que sirven para lo mismo que los braseros, es decir, para tener hambre en las habitaciones, al derredor pues de una copa estaban sentadas en una noche de las mas frias de invierno tres personas, bien distintas en verdad, porque el uno era hombre, la otra muger, y la otra persona era una hembra fea, y por lo tanto ni hombre, ni muger, ni cosa que lo valga. Tenia la habitación en que se hallaban todo el carácter que tienen todas las habitaciones pobres, que consiste en cierto aspecto repugnante y en cierta desnudez de todo género de adornos, que sin duda ninguna no echan de ver los ojos de la gente pobre; pero que afecta de un modo particular y desagradable los ojos de la gente que no es pobre, que están acostumbrados á cierta proporción y cierto orden en el arreglo de sus jaulas. La chimenea francesa dá muchísimo carácter á una habitación: una habitación con chimenea francesa, casi, y sin casi, puede tener usía entre las demás habitaciones aquí en nuestra

España, y puede tratarse de V. á una habitación que tenga en medio, ó aunque no sea en medio, uno de nuestros clásicos braseros. Pero ni la chimenea ni el brasero sirven para dar una idea exacta acerca de si habrá ó no dinero en la casa en que se encuentran: esta ventaja tiene la copa de barro, que es signo inequívoco de que entre todas las personas que á su derredor se sientan, no hay ahorrados arriba de dos duros.

Y esto es tanto más cierto, cuanto más decentes son las personas sentadas al amor de la copa. Y de aquí se infiere, que sabe Dios lo que se habria hecho de los catorce ó quince mil reales que tenían Rafael y Luisa, porque los dos ni mas ni menos, acompañados de su feísima ama de casa, eran las personas de que estamos hablando.

Yo que con tanto cuidado y prodigalidad supe lo que les sucedió un día: según me pareció sin saber por qué, que es gran razón á falta de otra, no volví á saber de ellos ni una palabra en una porción de tiempo, hasta que ahora vuelvo á saber y vuelvo á contar lo que fuertemente sé. Desde entonces hasta ahora han pasado dos meses, ó uno, ó meaos, ó cosa así. A fé que no es mucho tiempo: tú, lector, tengas ó no talento, puedes llenar este hueco con lo que mejor te pareciere, que lleno quedará.

Ciceron también, ó porque él no escribió ó por otra causa cualquiera, dejó un libro todo lleno de vacíos, huecos, ó lagunas, como también se llaman. Para llenar las lagunas de Ciceron, lector amigo, necesitarías ser un salhi: feliz tú, que para llenar esta laguna de nada necesitas; feliz yo, que para verla llena, de nada tampoco necesito; y desgraciado Ciceron, que por necesitar de salhis, verá cuando mas llenas sus lagunas, no de agua clara, sino de caldo de sabio, que aunque mas espeso que el de pollo, contiene menos sustancia, alimenta menos y empalaga mas.

Estaba pues Rafael, más que sentado, echado en una silla, que algo distante de la pared, tirada hacia atrás se apoyaba en ella, con un codo puesto en una mesa cubierta con un tapete de damasco rojo, que á su lado derecho habia, fumando pacíficamente un cigarro puro. Luisa estaba sentada mas cerca del fuego, enfrente de la mesa, leyendo á la luz de un veloncillo en un libro nuevo, pero impreso y encuadernado mezquinamente, lo que me hace creer que seria edicion hecha en Madrid de alguna obra moderna. La buena de la patrona, sentada casi encima de la copa, estaba cabeceando, y mas que durmiendo, malandando algo del mucho sueño que tenia. Por fuera zumbaba el viento, que es bien seguro que hacia tirar á mas de cuatro infelices, porque hay mas de cuatro mil en Madrid cuyo único amparo, mientras piden limosnas en noches como esta, es el caritativo rincón de alguna puerta, que siente imposible los movimientos convulsivos con que los helados miembros de estos desgraciados se golpean en ella; y tan imposible los siente, que en pago bien merecia esta puerta dejar de ser materia bruta y convertirse en la humanidad persiguicada, que apenas es un poco mas firme de corazon que ella. El frío es un enemigo horrible del pobre, para quien no hay calor en ninguna parte, porque basta la llama de su corazon se ha apagado; y no se ha apagado ella sola por falta de vida, no, la ha apagado el frío solo... ¿De quién? De todos nosotros, que nada hacemos que sea bueno; de todos nosotros, que somos tan dignos de ser ahorcados por malos, como de otra cualquier cosa.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LA CRUZ DE PIEDRA,

leyenda de la edad media.

PRIMERA PARTE.

I.

Allá en tierra de Leon vivia, según parece, á mitad del siglo trece si no muente el Cronicon,

Un conde de ilustre raza que cansado de las guerras, mataba el tiempo en sus tierras entre la mesa y la caza.

Mezeta de noble hidalguia de traición y de crueldad, era el tipo de la edad que por entonces corria.

Pronto á luchar contra el rey como á acuchillar al moro, era el valor su tesoro y era la fuerza su ley.

Vivia, en fin, como un hombre
cansado ya de conquista,
y es lástima que el cronista
no nos trasmita su nombre.

Solo nos dice era padre
de un ángel de candidez,
que perdiera en la niñez
las caricias de su madre.

Alma de fuego Leonor,
un hechizo de hermosa,
alzaba su frente pura
brotando vida y amor.

Y encerrada en el castillo,
cual flor que su aroma esconde,
habitaba con el conde
lejos de pompas y brillo.

Un día en su corazón
soñó ventura y delicias,
y adormióse á las caricias
de una primera pasión.

Y alma en ensueños fecunda,
nacida en suelo español
y aun mas ardiente que el sol,
que en luz sus campos inunda,

Amó cual se ama la vida
en sus risueños albores;
amó cual aman las flores
de abril el aura querida.

Y á fe que bien merecía
amor tan grande Ricardo,
pues era un mozo gallardo
de sin igual bizarría.

Prendado de su candor
la amaba con tal vehemencia,
que diera hasta la existencia
por su hermosa Leonor.

Mas ¡ay! que injusta con él
fué por demás la fortuna:
nacido de humilde cuna
era pechero el doncel.

Y el misero bien sabía
que el conde en su orgullo vano,
nunca al hijo de un villano
joya tan rica daría.

Pero ¿cómo resistir
á tanto hechizo? imposible:
en su amor inestinguible
olvidarla era morir.

Y en su ardiente corazón
fuera su vida un martirio,
si amando con tal delirio
quisiera abogar su pasión.

Así del mundo á despecho,
él por servirla se afana,
y la linda castellana
su amor acoge en el pecho.

Y libre de sinsabores
su vida á lucir empieza;
que el ángel de la pureza
velando está sus amores.

II.

En lo interior del castillo
Y en una espaciosa sala,
Cuyas paredes encubren
Los trofeos de la caza;
Y en un sillón de anchos brazos
Que ostenta pintadas armas,
Sentado se halla el buen conde.
De pie y á corta distancia
El fiel Ricardo le escucha,
Y ardiendo en cólera y rabia,
Devora dentro del pecho
Sus injuriosas palabras.
—Ingrato has sido, le dice,
Villano al fin, así pagas
Al que dueño de tu vida...
—Yo, señor!!!...

—No escucho nada.

Sella tu boca, Ricardo:

Si has creído en tu arrogancia
Que era licito al gusano
Que por la tierra se arrastra
Entre miserias y polvo
Fijar audaz sus miradas
En el águila altanera
Que mira al sol cara á cara.
—Pero, señor!

—Si has creído,
Poder insultar mis canas,
Enlodando para siempre
Los blasones de mi casa,
Vive Dios que te engañaste:
Tiembla, ¡ay de tí!

—Señor.

—Calla.

¡Ella esposa de un pechero:
La hija de mis entrañas,
Cuya sien ceñir merece
La corona de un monarca?
Nunca: primero yo mismo
La existencia la arrancara.
Blanca paloma ha caído
Del gavilán en las garras,
Que cobarde ha desgarrado
Su tierno pecho.

—Mi espada

Responderá, no mi lengua,
Al que tuviere la audacia
De empañar...

—Calle el villano!

Solo mirándola, empañada
El cristal de su pureza.
—Aunque de sangre villana
Tengo hidalguía en el pecho,
Y fuerza al brazo no falta
Para blandir el acero,
Porque es mi fama tan clara
Como la luz de ese sol
Que hiriendo está vuestras canas.
—Par diez que ya tu insolencia
Muy alto, mancebo, raya,
Y el sufrimiento se agota
Al escuchar tus bravatas.
Vive Dios que si tu arrojo
Con tu osadía se iguala,
Fuera temible en las lides
A las huestes africanas.

—Señor, aunque no blasono
De noble ni ilustre raza,
Tuve un padre que, esforzado,
Murió en la lid por su patria,
Y me dejó por herencia
Una conducta sin tacha
Y el corazón de un valiente.
Guerras hay, sobran batallas
Donde probar los quilates
Del que de bravo se jacta.
Allí, señor, confundido
Entre las filas cristianas,
Veremos si frente á frente
Pavor el moro me causa.

Quizá el brazo de ese Dios
Que á los débiles ampara,
Bará robustez al mío
Y venceré en la demanda;
Quizá arranque á la fortuna
Con la punta de mi lanza
Algun blason de nobleza
Que esculpir sobre mis armas.
Digno entonces de su mano
Y de mi amor en las alas,
Laureles, oro y blasones
Vendré á arrojar en sus plantas.

—(Ap.) ¡Oh, que idea! Bien, Ricardo,
Mucho tu arrojo me agrada;
Y tarde á fé he comprendido
Todo el temple de tu alma.
—¿Será posible? ¿qué escucho?
—Es tu empresa temeraria,

Pero bien puede la suerte
Realizar tus esperanzas

Y...

—¿Consentis? ¿no es un sueño?

¡Yo delírol gracias, gracias.

Voy á partir al instante,

Que ya á mi ansiedad le tarda

El volar á la pelea.

—Y ¿á qué tan pronto? mañana,

Sin que nadie lo trasluzca,

Podrás al rayar el alba

Abandonar el castillo.

—Lo haré, señor, como os plazca.

—Seis años te doy de plazo:

Si vuelves, aquí te aguarda

La mano de la que adoras;

Mas si acaso en tu desgracia...

—Nada temáis: Dios me ayuda.

Señor, pues la ausencia es larga,

Dadme á besar vuestra mano.

—Adios, Ricardo.—

Y la estancia

Abandona presuroso;

Mientras con risa forzada:

—¿No volverás, te lo juro!—

El conde en silencio esclama.

III.

Era de noche; en deliciosa calma

Todo en silencio y soledad yacía;

Y allá por el oriente

Se alzaba melancólica la luna,

Reflejando en su frente

Tibia la luz del luminar del día:

Y el aura que importuna

Sobre la flor se posa

O entre sus hojas revolando vaga,

Ahogó su aliento y se quedó adormida

Sobre un boton de purpurina rosa.

Vasta llanura de empinados olmos

Y gigantescos álamos poblada,

En derredor tendíase frondosa

Sombra prestando á la feudal morada.

Allí, velados por la noche oscura,

Bajo un dosel de estrellas

Y á solas con su amor y su ternura,

Ricardo y Leonor se embebecían,
Mientras brotaban como el fuego ardientes
Castos acentos de sus castos labios;

Y de amor suspirando,

Las flores en su cáliz se mecían

Y besaba sus frentes

Amanle brisa; y en murmullo blando,

Al ver ventura tanta,

Su ramaje los árboles movían.

Allí están: de entre el césped se levanta

Majestuosa una cruz. Al pié, miradlos,

Cual si fueran dos ángeles que velan,

En oracion sumidos,

Asentados se ven; ¡miserá suerte!

Los desengaños que la mente hielan

Pronto vendrán á desgarrar su pecho.

Ya zumba en sus oidos

De la borrasca el huracan deshecho;

Ya sus alas agita

En torno suyo el roedor quebranto,

Que amores, juventud, todo marchita.

(Continuará.)

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

SONETO.

Cándidas olas de la mar serena,

Brisa eterna, y feliz huerta florida,

Ciudad de antigua historia esclarecida

Que aduerme el Turia en su sedienta arena:

Con Dios quedad; en vuestra estancia amena,

Que con reposo al parecer convida,

Lejos de hallarle en mi revuelta vida,

Por artes del amor hallé mas pena.

Las olas y las brisas y las flores

Y de la antigua gloria los destellos,

Por breve instante diéronme alegría;

Mas la luz de unos ojos seductores

Hirió mi corazon; ojos de aquellos

Que tu cielo y no mas, Valencia, cria.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

20 de agosto de 1831.



El Monte Siná. — (Véase el SEMANARIO de 1849.)